

fecto muy extensa pues comprendía la Austria, la Suabia la Baviera, la Alsacia, la Sajonia, el Palatinado, el Brabante, la Holanda las ciudades marítimas hasta Lubeck. A pie era como hacía sus visitas y recorría los diversos puntos de su provincialato, despreciando las fatigas, y dando donde quiera y siempre á sus religiosos el ejemplo de la más profunda humildad. Alberto, había fijado su residencia en Colonia; esta ciudad le ofrecía preciosos recursos para sus estudios y sabias investigaciones; parecía que ya no podía enseñar ni vivir mucho tiempo fuera de ese lugar. En él fué donde tuvo por discípulo á Tomás de Aquino de quien predijo sus gloriosos destinos, y que estaba llamado á ser en lo sucesivo su colaborador y sucesor. Se cree que fué también en Colonia donde Alberto fabricó su famoso autómatas que desconcertó tan vivamente el espíritu de su joven discípulo Tomás, que no pudo soportar la vista de aquella máquina que se movía y hablaba, y que la hizo pedazos, figurándose que aquello sería tal vez un verdadero agente del diablo.

Sordas rivalidades que no tardaron en convertirse en ardiente lucha y suscitadas por los Universitarios de París contra los Dominicos y Franciscanos, fué el motivo que Alberto, asociado con S. Buenaventura, fueran nombrados por sus capítulos para ir á Roma á defender ante el Papa Alejandro IV los privilegios de sus Ordenes y el derecho que tenían para el magisterio, por lo que se trataba de extinguirlos.

Santo Tomás de Aquino, fué desde el principio asociado por el Papa á Alberto y quienes muy pronto desempeñaron el principal papel en ese célebre proceso. No hablamos aquí de eso sino para recordar esa disputa que tanto apasionó á los espíritus de aquella época, reservándonos exponerla después, cuando hablemos del Doctor Angelico.

La mayor parte de sus producciones encierran ideas llenas de interés, y cuya novedad debió afectar fuertemente el espíritu de sus contemporáneos. To-

có en sus tratados todas las partes de la filosofía, que según él debían dividirse en tres principales ramas; la física, la metafísica, y las matemáticas; no haciendo entrar en esto ni la ética ó moral, ni la lógica, ni la teología. Los seis primeros volúmenes de la colección de sus obras contienen: 1.º sus *Comentarios sobre Aristóteles*, cuya idea filosófica popularizó, poniéndolas al alcance de todas las inteligencias con una exactitud y un concienzudo examen, desconocidos hasta entonces; 2.º sus *Explicaciones de las Sentencias* de Pedro Lombardo, á quien en sus estudios teológicos tuvo siempre por maestro y modelo predilecto. A más de sus numerosas obras de filosofía y teología, se debe también á Alberto el Grande un *Comentario* curioso sobre la historia de los animales en donde se encuentran numerosas páginas tomadas de Aristóteles, y sobre todo de Avicenne, así como otros muchos tratados de física é historia natural, de los cuales nos contentaremos con indicar los que llevan por título: *de alchimia*;—*de Rebus metallicis et mineralibus* libr. V.—*Compositum de compositis*—*de Mirabilibus mundi*; se han atribuido otras obras á Alberto, tales como: *Semita semitae*;—*Opus optimum et verissimum de secretis philosophorum*;—*Semita recta*—*Tramite*;—*La arbore Aristoteles*;—*Ars alchimiae*;—*le Sigillis lapidum*;—*de Generatione lapidum*; etc.; pero la mayor parte de esas obras parecen apócrifas: por otra parte nada puede añadirse á la gloria del gran Doctor cuyo nombre ya celebre en su tiempo, es uno de aquellos que nos han llegado al través de los siglos. La orden de Predicadores se honra en contarle entre sus más puras ilustraciones, y no hace todavía mucho tiempo que la ciudad de Colonia, que fue el lugar predilecto de su permanencia, quiso después de seiscientos años, rendir un brillante homenaje á su memoria erigiendo una estatua en una de sus plazas públicas.

Durante su permanencia en Ro-

ma, fué cuando se le confió á Alberto el oficio de lector del Papa, y allí fué donde dió sus lecciones sobre el Evangelio de San Juan y las Epístolas canónicas. Pocos años después, en 1259 hubo en Valenciennes un Capítulo general de su Orden donde Alberto asistió y en el que hizo dimisión de su dignidad de Provincial. Pero no pudo gozar por mucho tiempo de la paz que anhelaba; pues al año siguiente, en efecto, fué arrancado de sus estudios y promovido al Obispado de Ratisbona que el Papa le obligó á aceptar. Los obispos en esos tiempos gozaban de grandes rentas y de un poder considerable; más el ferviente religioso no se olvidó en su alta situación ni un solo día de los cuidados y solicitudes que lo hacían ver más allá de su morada. Tres años después fué exonerado de su cargo, volviendo á su querido retiro de Colonia, de donde jamás se separó sino para desempeñar su magisterio, no dejando sus catedras sino solamente tres años antes de su muerte. La vida de Alberto no quedó solo absorbida en el estudio y la enseñanza: fué enviado por el Papa Urbano IV para ir á predicar á Alemania y Bohemia; fué también nombrado para tomar parte en el Concilio ecuménico que tuvo lugar en Lyon en 1274. De vuelta á Colonia, vencido por el trabajo lo mismo que por los años, murió el 15 de Noviembre de 1280 á la edad de ochenta y siete años, habiendo pasado cerca de setenta en la orden de los Dominicos, donde no cesó de aplicarse á la oración, á la contemplación, al estudio y á dar á sus hermanos ejemplos de las más eminentes virtudes.

El brillo de sus méritos y los milagros obrados sobre su sepulcro, fueron causa de que se le hicieran los honores de beatificación el 29 de septiembre de 1633, bajo el Pontificado de Urbano VIII. Alberto había sido inhumado en la iglesia misma de los hermanos predicadores ante el altar mayor. Habiéndose abierto su tumba en el año de 1783, "su cuerpo, dice uno de sus historiadores, fué encontrado en tan raro estado de conservación, que los huesos estaban

todavía unidos á los ligamentos y la mayor parte de ellos cubiertos de carne." Los trabajos de Alberto el Grande, son inmensos, llenan de admiración. Ninguno de los filósofos que le habían precedido había igualado al número de escritos que él dejó. Pedro Jammi, Dominicano, fué el primero que se ocupó en recoger y en ordenar sus escritos con un cuidado especial, publicándolos en Lyon en 1651 en veintiun volúmenes en folio, bajo el título de: *Beati Alberti Magni Episcopi Ratisbonensis opera omnia*. No se tiene el catálogo exacto de sus obras.

Sus conocimientos sobrepujaron á los de su época; así es que dieron lugar á cuentos absurdos que la ignorancia y la pasión solo pueden explicar: se le veía como un mágico y aun hubo quien le atribuyera las colecciones tituladas *Secretos maravillosos del Pequeño y del Grande Alberto*. Esas ridículas farsas no son de él: y á falta de otras pruebas, la pureza de su vida basta para demostrarlo. Aristóteles, de quien tomó frecuentemente las ideas, S. Dionisio Areopagita, y S. Hermés, Trimégisto, etc. fueron entre los autores antiguos de los que Alberto el Grande se nutrió más especialmente; y aunque no tubo los libros de aquéllos en su propio idioma y no los conoció sino por traducciones latinas hechas sobre las versiones árabes y griegas, fué por medio de esas traducciones por las cuales ese gran genio llegó á instruirse, y se inspiraba frecuentemente en sus lecciones, no haciendo más que comentarlas.

### Soldados y misioneros.

Los soldados del 4.º cuerpo de ejército Francés en el Tonquín, han reunido la cantidad de 2,000 francos, que fueron remitidos al Misionero P. Girod para la construcción de la nueva iglesia de San Miguel, en Yen Bai. El donativo iba acompañado de una carta del Comandante General elogiando el valor cristiano, el celo y la inteligencia del Misionero católico.



## CUADRO

## De las principales Congregaciones Romanas.

NOMBRE.	OBJETO.	FUNDADOR.	PREFEC- TOS	SUS MIEMBROS.		
				CARDEN	PRELAD	TEOLOG
Del santo Oficio.....	Condenar las herejías, mágia, cisma.	Paulo III.	El Papa	13	12	16
Visita ad Límina.....	Fiel estado de la diócesis que los obispos deben á su tiempo presentar ó enviar al Papa.	Sixto V.	El Papa	11	5	2
Del Concilio de Trento.....	Ejecutar é interpretar sus decretos.	Pío IV.	Un Cardenal.	40	16	Varlos.
Obispos y Regulares.....	Arreglo de las diócesis, componer litigios entre Obispos y Religiosos.	Sixto V.	Un Cardenal.	34	15	14
Inmunidad eclesiástica.	Defender la inmunidad real, personal y local de la Iglesia.		Un Cardenal.	20	12	
Propaganda....	Dilatar la fé por todo el mundo.	Gregorio XV.	Un Cardenal.	22	12	14
Del Indice....	Prohibir los malos libros.	Pío V.	Un Cardenal.	20	19	37
Indulgencias y Reliquias.....	Custodiar intactos estos tesoros preciosísimos.	Clemente VIII.	Un Cardenal.	20	13	20
Disciplina regular.....	Mantenerla en su vigor.		Un Cardenal.	7	2	7
De Ritos.....	Conservar el culto en toda su pureza.	Sixto V.	Un Cardenal.	23	20	17
Ritos orientales.	Conservarlos intactos.	Pío IX.	Un Cardenal.	10	10	11

NOTA.—Véase con que aplomo y sabiduría proceden esas Congregaciones. Si el Ponente ó encargado de recibir los postulados juzgan que merecen ser presentados, lo efectúa, y la Congregación nombra entonces teólogos que estudien á fondo la cuestión. Estos varones, que suelen ser de los más sabios que hay en Roma, dan su dictamen por escrito imprimiéndose sólo los ejemplares precisos para el archivo y para cada miembro de la Congregación, á quienes se dá un ejemplar á fin de que estudien también y examinen la materia. Discutida luego la cuestión en la primera sesión que se celebra, se redacta el juicio emitido por la Congregación, y el Cardenal Prefecto lo eleva al Sumo Pontífice para que lo sancione si S. S. lo juzga conveniente. De que otra manera se acatarían estas decisiones si considerasen todos el tipo con que se procede en Roma!

## COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga.—D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

Tom. VII.

GUADALAJARA, AGOSTO 22 DE 1894.

NUM. 64

## SECCION I.

## Letras Apostolicas

DE NUESTRO SANTISIMO  
PADRE EL

## SR. LEON XIII.

*A todos los Príncipes y Naciones.*

SALUD Y PAZ EN EL SEÑOR.

Fijáos bien y delante de Dios en lo que os pedimos. No es ningún interés humano el que Nos mueve á exhortaros á la reconciliación y unión con la Iglesia romana, sino el impulso de la divina caridad y el celo de la salvación de todos. Más esta unión la entendemos plena y perfecta, ya que no podría ser tal la que no trajese consigo más que una cierta vaga concordancia en los dogmas que se han de creer y una comunicación en las relaciones de la fraterna caridad. La verdadera unión entre los cristianos es la que quizo é insti-

tuyó el Fundador de la Iglesia, Jesucristo, y que consiste en la unidad de la creencia y del gobierno. Con esto no teneis para que temer que, con motivo de la dicha unión Nos ó Nuestros sucesores, hayan de quitaros nada de vuestros derechos, de los privilegios de vuestros Patriarcas y de los ritos que se usan en vuestras Iglesias particulares; como quiera que haya sido siempre y lo será en adelante punto de la prudencia disciplinaria de la Iglesia el dar grande importancia, según es justo y saludable, á los orígenes y á las costumbres propias de cada uno de los pueblos.

Restablecida y consumada la unión, no es decible la dignidad y el esplendor con que la Bondad Divina acrecentará la gloria de vuestras iglesias.

Ojalá, pues, atienda la infinita misericordia de Dios á la plegaria que vosotros mismos le dirijis. *Haz que cesen las divisiones y recoge á los dispersos, y torna al camino á los que andan extraviados, y únelos á tu santa, católica y apostólica Iglesia.* Ojalá y seáis restituidos á aquella una y santa fé, que á nosotros no menos que á vosotros legó la primitiva antigüedad cristiana; fé que inviolablemente guardaron vuestros padres; que ilustraron á porfia con el esplendor de sus virtudes, con la nobleza de sus ingenios, con la excelencia de su doctrina un Atanasio, un Basilio, un Gregorio Nacianzeno, un Juan Crisóstomo, los dos Cirilos, y otros muchísimos, cuya gloria pertenece igualmente á una